

# La epopeya de la clausura

## En la celda barroca

Christopher Domínguez Michael

Una vez consumada la separación entre la Iglesia y el Estado en Francia, la abadía de Pontigny fue comprada por un particular, el profesor Paul Desjardins. A partir de 1910, esas ruinas monásticas cistercienses situadas en la Borgoña fueron habilitadas por Desjardins (1859-1940) para recibir, cada verano, a un selecto grupo de intelectuales europeos, llamados a disertar libremente sobre lo humano y lo divino. Durante la entreguerra las *entretiens* o *décades* de Pontigny cobraron su verdadera singularidad, al convertirse en uno de los pocos espacios de tolerancia intelectual en el mapa de la Europa del fascismo y del comunismo. André Gide y Charles du Bos, dos de los *habitués* de Pontigny, dejaron sentidas páginas en sus *Diarios*, exaltando el matutino rigor de esas jornadas donde los atribulados clérigos del siglo xx se despertaban en calidad de monjes de San Bernardo.

La nómina de invitados a Pontigny es deslumbrante, e incluyó, para mencionar sólo a algunos, a Thomas Mann, E.R. Curtius y Max Scheler, al ruso León Chestov, al italiano Alberto Moravia y, entre los franceses, Gabriel Marcel, el franco-mexicano Ramon Fernandez (quien junto con su esposa Liliane Chomette fungía como secretario de las reuniones), André Malraux, François Mauriac, Paul Valéry. Inclusive T.S. Eliot dio en la abadía una función para iniciados de *Asesinato en la catedral*, la obra de teatro que evoca la muerte del arzobispo y mártir Thomas Beckett. A Pontigny se asistía, durante el mes de agosto, a escuchar una conferencia y a debatirla. En 1931 tocó el honor al escritor español Eugenio d'Ors (1881-1954), quien abordó el barroco en la abadía.

La democracia sabe ser generosa con quienes la combatieron y a la España de la



Eugenio d'Ors

monarquía constitucional le tocó despojar de sus estigmas a D'Ors, quien en 1937 tomó resuelto partido por las tropas del general Franco, que lo encumbraron hasta la jefatura nacional de Bellas Artes, tras haber culminado con éxito la repatriación de los tesoros del Museo del Prado, que la derrotada República había dejado en custodia de la Sociedad de Naciones en Ginebra. Y durante la Segunda Guerra Mundial, D'Ors se convirtió en "cicerone" del museo, por cuyos pasillos guiaba a fascistas europeos que como Carl Schmitt, Osbert Sitwell o Marinetti, vacacionaban en la amistosa España. Hoy se reconoce, en el autor de *La bien plantada* (1919), *Oceanografía del tedio* (1918), *Tres horas en el Museo del Prado* (1922) y *Nuevo glosario* (1946) no sólo a uno de los prosistas más atractivos del siglo español sino al único intelectual que intentó airear, con el viento de la Edad de Plata de los años veinte y treinta, las asfixiantes habitaciones del primer franquismo.

Figura central del novecentismo catalán y activista cultural de Prat de la Riba,

D'Ors abandonó el catalanismo en 1920 y empezó a escribir en castellano. Educado en ese eclecticismo que se nutrió de Nietzsche, Bergson y Maurras, y que encontró en el culto a la raza, la fuerza y la fe la pócima para acabar de matar al liberalismo, D'Ors fue un escritor vital e insidioso.

A mitad de camino entre Ortega y Ramón Gómez de la Serna, quien de joven firmaba *Xénius* sorprende por la variedad de sus intereses y la vitalidad de su prosa. Su *Glosario*, publicado completo hasta 1964, es un monumento al periodismo de ideas cuya lectura avergüenza cuando la comparamos con la ramplonería que hoy encontramos en casi todos los periódicos de la lengua. En apenas dos cuartillas, D'Ors *glosaba* en la prensa tanto la actualidad como la tradición, ocupándose de música, ciencia, política, gramática, y sobre todo, de las artes plásticas. Pero se creía filósofo sin serlo profesionalmente y un poco como José Vasconcelos —a quien lo une la pasión por la *Kulturkampf*—, D'Ors fracasó al pretender sistematizar sus intuiciones en tratados ajenos a la heteróclita libertad de su estilo y al vuelo incauto de su mente.

En 1931, cuando fue convidado a Pontigny, el alado D'Ors estaba en el cenit de su fama como uno de los grandes críticos de Europa. Su disertación en la abadía, junto a otros textos y aforismos ajenos a todo academicismo, fue impresa por Gallimard en 1935 como *Du barroque*, y hubieron de pasar décadas para contar con una buena edición española de esta breve obra maestra.<sup>1</sup>

Acicateado por Benedetto Croce, quien pregonaba, como si estuviese en 1800, que

<sup>1</sup> *Lo barroco*, prólogo de A.E. Pérez Sánchez y edición de Ángel d'Ors y A. García Navarro, Alianza / Tecnos, Madrid, 2002.

el barroco era sólo una de las variedades de lo feo, D'Ors conjuró esa anticuada injuria neoclasicista. Fue más lejos, y contra eruditos como Wolffin, negó el escritor barcelonés que el barroco fuese tan sólo una excentricidad jesuita visible en la iglesia romana del Gesù o un reflejo de la decadencia del imperio español, controlado en calidad de epidemia en el tránsito del siglo XVII al XVIII. El barroco, argumentó D'Ors, era un estado del alma que, atemporal e ahistórico, aparecía en diversas estaciones de la civilización. Lo barroco era un eón que imitaba los procedimientos de la naturaleza mientras que el *eón* clásico hacía lo propio con los mecanismos del espíritu. Barroco eran lo mismo Proust que la novela rusa, Goya que Picasso, Copérnico como la teoría de la relatividad.

“Así”, dice D'Ors en *Lo barroco*, “en las épocas de clasicismo, la música se vuelve poética; la poesía, gráfica; la pintura, plástica; y la escultura, arquitectónica. Recíprocamente, en las épocas de tendencia barroca, la gravitación se produce en sentido inverso: el arquitecto es quien se hace escultor; la escultura pinta; la pintura y la poesía revisten las formas dinámicas propias de la música”.

Las tesis de D'Ors, aunque escandalizaron en Pontigny, nunca alcanzaron a imponerse. Repitiendo al Stendhal de 1823 cuando eternizó el *romanticismo* de Shakespeare contra el *clasicismo* de Racine, D'Ors profundizó esa dicotomía binaria a través de la oposición nietzscheana entre lo apolíneo y lo dionisiaco, aplicándola al barroco y al clasicismo. Pero *lo barroco* está lejos de ser un libro delirante. En mucho contribuyó D'Ors a rescatar al barroco del vituperio, demostrando su fértil sonoridad como uno de los afluentes de la modernidad. A los profesores franceses les demostró en Pontigny que Francia sí había tenido barroco; es de lamentarse que ignorase el barroquismo novohispano, asunto tanto más triste cuando el catalán cantó la gloria del barroco portugués.

D'Ors se sentía preso en una edad barroca, esos años treinta del siglo XX, en que la totalidad, desde Hitler hasta las vanguardias artísticas, le parecían un magnético abismo. El arte y la historia imitaban el dinamismo destructor y exuberante de la naturaleza: D'Ors decidió arrojarse a una corriente que habría de concluir, según sus sueños, en la restauración del Sacro Imperio Romano Germánico. Barroquísima, amén

de ridícula, según le dijeron sus propios camaradas, fue la conversión del viejo dandi barcelonés a la Falange Española, en la que D'Ors se hizo ungir caballero de la Santa Cruzada en un operático autillo medieval. Y durante sus años como jefe de Bellas Artes, organizó juegos florales y solemnes procesiones para exorcizar reliquias dañadas por el vandalismo revolucionario. No creyendo en la España Negra, D'Ors se aficionó a protagonizar sacros sainetes en honor de la Ascensión de la Virgen y algo había en su ardor de exhibicionista caprichoso goyesco difícil de concebir sin cierto toque de violenta autoparodia. Al descubrirlo más amigo de la liturgia que del Movimiento, el literato excéntrico fue alejado de los gabinetes de la dictadura.

Heterodoxo, más pagano que católico como buen barroco, Eugenio d'Ors murió ilusionado en convertirse en autor de una teología barroca, habiendo elaborado una teoría de los Ángeles Custodios, que en su docta opinión había de ser elevada por el papa a dogma de fe. Y el crítico que disertó en la Abadía de Pontigny sobre el barroco acabó por convertirse en uno de los más admirables y aborrecibles de los ángeles caídos de la lengua española. **U**



Abadía de Pontigny, nave y coro



Abadía de Pontigny